

LA «CONQUISTA DEL PERU» DE FRANCISCO DE JEREZ

por

M.^a DEL MILAGRO CABALLERO WANGÜEMERT

La *Conquista del Perú* de Francisco de Jerez es uno de los clásicos dentro de la historiografía de la conquista de América y como tal ha sido ampliamente estudiada; uno de los trabajos más recientemente aparecido, el de Adam Szaszdi¹ despeja las escasas incógnitas que todavía quedaban pendientes en cuanto a aspectos puramente históricos. Sin embargo, y a pesar de los juicios de valor de algunos críticos de reconocida solvencia,² el enfoque literario ha sido muy poco investigado. Nos proponemos aquí abordarlo, no con ánimo exhaustivo, sino como contribución parcial, que vaya despejando algunas de las indudables intuiciones literarias de Francisco de Jerez.

1. METALENGUAJE DE LA TRAMA

Toda la trama de *La Conquista del Perú* podría ser condensada en este esquema de tres puntos: 1.—Fin a alcanzar; 2.—Conducta para alcanzar el fin deseado; 3.—Resultados; que viene a

1 Szaszdi, Adam: *En torno a la balsa de Salango (Ecuador) que capturó Bartolomé Ruiz*. «Anuario de Estudios Americanos». Sevilla, 1978, núm. 35, págs. 453-554.

2 Véase Alborg, Juan Luis: *Historia de la Literatura Española*. Tomo I. Madrid, Gredos, 1969, pág. 745. La edición utilizada para este trabajo es la de Rodríguez Moñino: *Conquista del Perú y Viaje de Hernando Pizarro desde Cazamarca hasta Jauja (Sevilla, 1534)*, escrito por Francisco de Jerez y Miguel de Estete. Badajoz, Arqueros, 1929.

ser una transposición del ya clásico de Bremond.³ En efecto, el relato se abre con la motivación del descubrimiento y conquista de nuevas tierras, a partir de la salida de los españoles de Panamá, dirigidos por Francisco Pizarro, que es quien en el texto resulta único jefe. Ya dentro de la narración esta virtualidad va a ser realizada mediante los progresivos avatares de la conquista, desde su comienzo hasta la captura del rey indígena Atabalipa, que marca el clímax del relato.⁴ En este proceso la movilidad queda objetivada por la mejora o degradación de las acciones, que en la realidad de la Crónica... se plasmará en balance positivo, al ser la conquista relativamente rápida y sin obstáculos insuperables; para culminar en el proceso de cierre, que se concreta en la liquidación de la primera etapa conquistadora con la disgregación del material humano primero, que vuelve a la patria, o se empeña en la subsiguiente etapa colonizadora.

Dentro de esta estructura general a nivel de trama —estructura que supone una evidente simplificación, como es obvio, pero que, pensamos, puede dar razón de la Crónica...—, encontramos un relato dentro del relato, la narración puesta en boca del vedor Miguel de Estete, del avance de Hernando Pizarro,⁵ que en el plano temporal supone una intercalación,⁶ puesto que esta historia corta el desarrollo narrativo lineal del relato primero para entroncar posteriormente con él. Esta relación complementa la *Conquista...*, constituyendo una práctica habitual dentro de ese ámbito histórico-literario, y a su vez presenta peculiaridades propias, debidas en su mayor parte al hecho de ser redactadas por un autor distinto.

Enmarcada así *La Conquista del Perú* vamos a continuación a analizar algunos de sus aspectos parciales, contraponiéndolos brevemente a la *Relación...* de Miguel de Estete.

3 Véase Bremond, Claude: *La lógica de los posibles narrativos*. En «Análisis estructural del relato». Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974, págs. 87-110.

4 Véase Jerez, Francisco de. op. cit., págs. 85-86.

5 *Ibíd.*, págs. 117-143.

6 Según la terminología de Todorov (Véase Todorov, Tzvetan: *Las categorías del relato literario*. En «Análisis estructural...», págs. 155-192)

2. EL TIEMPO

La estructura temporal de la *Conquista del Perú* de Francisco de Jerez es relativamente lineal y sin complicaciones, y refleja los avatares de la conquista. En efecto: el ritmo inicial es rápido, comienza «in media res», y recoge mediante un sumario, en sus 10 primeras páginas, las varias intentonas de los españoles durante tres años. El narrador no consigna excesivos detalles y ello podrá deberse, según la tesis de Adam Szaszdi, a que estas páginas serían restos o nueva refundición de una primitiva relación de Jerez, correspondiente a 1524-27, en que actuó como escribano de los españoles.⁷

Tras consignar el viaje de Pizarro a la corte para recabar ayuda real, Francisco de Jerez se instala en la narración relativamente morosa de los acontecimientos. Según el texto⁸ nos hallamos en 1532, momento en que el narrador ya era el cronista oficial de la expedición. Efectivamente constatamos que el ritmo narrativo ha cambiado, es más lento, dentro de un relato lineal de tipo singulativo, en el que se mantiene como claro objetivo la llegada a Caxamalca «en demanda de Atabalipa»,⁹ y cuyas únicas detenciones está en función de las salidas exploratorias de vanguardia del capitán Hernando Pizarro.¹⁰ Esta línea temporal progresiva del relato primero a nivel de discurso, viene quebrada por breves sumarios de tipo analéptico¹¹ que tienen como finalidad explicar los antecedentes de la conquista. En ocasiones se producen dentro de una escena, constituyendo un «relato dentro de relato», en el que un personaje habla de sus antecedentes, o los problemas de su tierra.¹² El más largo e importante corresponde a las palabras de Atabalipa al Gobernador, después de su prisión,

7 Véase Szaszdi, Adam. op. cit., pág. 457.

8 Véase Jerez, Francisco de. op. cit., pág. 38.

9 *Ibíd.*, pág. 46.

10 *Ibíd.*, págs. 49-52, 56 y 75.

11 *Ibíd.*, págs. 47, 49 y 57, entre otras. Teóricamente en el estudio del tiempo nos hemos apoyado en Géraud Genette, *Figures 111*. Paris, Seuil, 1972, págs. 67-268.

12 *Ibíd.*, págs. 98-102.

poniéndole en antecedente de las guerras de su reino en los años precedentes a la conquista.¹³

Como contrapartida al sumario la Crónica... contiene bastantes *escenas* dialogadas, recurso que le confiere una cierta consistencia y categoría literaria, y remansa la acción, cronológicamente hablando. Esta estructura aparece en algunas de las circunstancias o instantes cumbres recogidos por Francisco de Jerez y encaja oportunamente puesto que las noticias son de primera mano; tiene la ventaja de agilizar la narración confiriéndole una viveza de la que carecería si se plantease únicamente como crónica oficial en pasado.

La mayor parte de los diálogos aquí recogidos tienen como protagonista al Gobernador Francisco Pizarro, en sus relaciones con los diversos mensajeros del rey Atabalipa. La transcripción narrativa está iniciada de modo indirecto, y combinada con alguna respuesta breve, en diálogo directo, a modo de escena:

«El mensajero dijo que quería volver con la respuesta a su señor; el Gobernador le dijo:

«Dirásle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en ningún pueblo del camino por llegar presto a verme con él».¹⁴

El mismo esquema es utilizado con amplitud en la larga conversación con Atabalipa, tras su captura.¹⁵

En algunos casos el sentido de lo narrado se impone y triunfa el diálogo indirecto: Francisco de Jerez transcribe en tercera persona y abandonando la estructura escénica, las conversaciones que han llegado a sus oídos, bien del Gobernador con los innumerables mensajeros reales,¹⁶ o una respuesta a sus propios compañeros,¹⁷ o incluso una larga charla con el rey.¹⁸

Los diálogos transcritos de modo directo en su totalidad son pocos, pero consignan escenas clave dentro de la conquista del

13 *Ibíd.*, págs. 63-66, 68-70, 76 y ss.

14 Jerez, Francisco de. *op. cit.*, pág. 53. Casos con estructura semejante: págs. 58, 68-70.

15 Véase Jerez, Francisco de. *op. cit.*, págs. 88 y 91.

16 *Ibíd.*, págs. 63, 75.

17 *Ibíd.*, pág. 99.

18 *Ibíd.*, págs. 99-103.

Perú: las dos primeras ¹⁹ marcan momentos cumbre en el forcejeo entre los dos bandos a través de sus emisarios antes de avistarse, y la tercera queda significativamente situada en el encontronazo definitivo, y se desarrolla entre el sacerdote español y el rey indígena. Es curioso observar la importancia que, a tono con otros cronistas, confiere Jerez al elemento espiritual:

«El Gobernador (...) dijo a fray Vicente que si quería ir a hablar a Atabalipa con un faraute; él dijo que sí (...) y le dijo por el faraute:

«Yo soy sacerdote de Dios, y enseño a los cristianos las cosas de Dios... ²⁰

Conviene señalar que, a partir de la llegada de los españoles a Caxamalca y la prisión del rey indígena, el relato adquiere un ritmo mucho más pausado, y su singularidad se alterna con un matiz claramente iterativo, en cuanto a frecuencia, a tono con los acontecimientos narrativos. Es lógico que así sea puesto que nos hallamos en la fase final de recogida del oro y colonización de lo conquistado por parte de los españoles. Este matiz iterativo quedará de manifiesto por el empleo de frecuentes giros como «cada día», ²¹ así como la aparición de verbos con matiz incoativo. ²²

Sintetizando: relato lineal con breves retrocesos temporales, en cuanto al *orden* narrativo, y en el que predomina el *sumario*, si nos referimos al concepto de *duración*, como es natural en una crónica; pero en el que el narrador ha tenido la habilidad de agilizar el texto intercalando algunas *escenas*, y como veremos en su momento, embutiendo varias *pausas descriptivas*, lo que conlleva la actualización de los hechos narrados en un acercamiento muy interesante de cara al futuro lector.

En cuanto a los procedimientos para concretar este ritmo temporal en el *tiempo-dato*, ²³ en *La Conquista del Perú* hemos encon-

19 *Ibidem*, págs. 64-66 y 79-80.

20 Jerez, Francisco de. *op. cit.*, pág. 83. La conversación se proclama a lo largo de dos páginas.

21 Véase Jerez, Francisco de. *op. cit.*, pág. 106.

22 *Ibidem*, pág. 107.

23 Según una terminología bastante extendida, que recoge Raúl Castagnino en: *Sentido y estructura narrativa*. Buenos Aires, Nova, 1974.

trado 14 fechas, correspondientes a otras tantas ocasiones en que Francisco de Jerez sitúa con precisión absoluta un acontecimiento, desde la partida de Panamá de Francisco Pizarro, el 14 de noviembre de 1524,²⁴ hasta la llegada a Sevilla en un espacio cronológico oscilante entre dos puntos tope: el 5 de diciembre de 1533²⁵ y el 3 de junio de 1534,²⁶ de varias naos. En ellas regresan a la patria unos cuantos españoles enriquecidos, tras haberse dado por finalizada la primera etapa conquistadora. Entre estas fechas extremas, el narrador fija unos 12 momentos considerados como hitos intermedios, pero definitivos, del jalonamiento de la conquista. En la primera mitad de la Crónica... aproximadamente, los puntos marcados corresponden a las ciudades que se van pacificando: Túmbez: 16 de Mayo de 1532;²⁷ San Miguel: 24 de Septiembre de 1532²⁸ ..., hasta conseguir alcanzar Caxamalca: 15 de Noviembre de 1532,²⁹ punto en el que se estaciona el Gobernador, y que será el escenario de la caída de Atabalipa. Más allá las fórmulas cronológicas corresponderán a expediciones parciales: marcha de Hernando Pizarro hacia el interior: 5 de Enero de 1533;³⁰ partida de tres cristianos hacia Jauja³¹ en busca del oro prometido: 15 de Febrero de 1533, o bien, y como dato que refleja la importancia concedida a este elemento, la fecha de fundición del primer oro conseguido en esta región: 13 de Mayo de 1533.³²

El afán por señalar fechas clave es lógico en una relación de este tipo. No olvidemos que Francisco de Jerez acompaña a Francisco de Pizarro en calidad de secretario, y que se supone que sus notas están tomadas «in situ», para ser enviadas posteriormente a la autoridad.

Sin embargo este modo de fijación cronológica no resulta abu-

24 Véase Jerez, Francisco de. op. cit., pág. 15.

25 *Ibidem*, pág. 160.

26 *Ibidem*, pág. 162.

27 *Ibidem*, pág. 38.

28 *Ibidem*, pág. 46.

29 *Ibidem*, pág. 77.

30 *Ibidem*, pág. 111.

31 *Ibidem*, pág. 112.

32 *Ibidem*, pág. 147. Las restantes hitos cronológicos señalados exactamente corresponden a las págs. 108, 113, 149, 150 y 160.

sivo, cuantitativamente hablando. Por el contrario es mucho más corriente un segundo método de fijación temporal, método relativo, puesto que el narrador sitúa la acción por referencia a una fecha absoluta antedicha, con el objetivo de fijar paulatinos avances. Esta segunda vía se corresponde muy bien con la crónica. Veamos algunos ejemplos:

«Setenta días después que salieron de Panamá...»³³

«...el navío se detuvo en ir y volver cuarenta y siete días...».³⁴

«El capitán Pizarro estuvo en aquella isla cinco meses...»³⁵

Regla de determinación indirecta, como decimos, pero que permite al historiador situar algunos acontecimientos con aproximación.

Hemos mencionado que este sistema de localización temporal es muy abundante en la primera parte de la Crónica... Sin embargo no desaparece por completo a lo largo de ella: así en las últimas páginas la prisión de Atabalipa será uno de los hechos al que el narrador volverá de modo continuo.³⁶

Otras posibilidades de referencia temporal indirecta se mueven en la línea de constatación de las partes del día, o bien en la de agrupar en la misma página varias fórmulas de tiempo indeterminado. Algunos párrafos servirán para ilustrar este aserto:

«...para dar *aquella noche* sobre los Cristianos. Sabida la verdad (...) *luego* mandó el Gobernador prender al Cacique (...) y *aquella tarde* mataron alguna gente. (...) *Aquella noche* en el real de los Cristianos hubo mucha guarda, (...) y antes que *otro día fuese amanescido* se oyó en el real grita de gente de guerra, y *en breve tiempo* se vió cómo se venían allegando al real mucho número de indios (...), y *siendo el día claro*...».³⁷

33 Jerez, Francisco de. op. cit., pág. 15.

34 *Ibidem*, pág. 15.

35 *Ibidem*, pág. 27. Casos parecidos en las págs. 24, 25, 27 y 41.

36 Véase, por ejemplo, la pág. 109 de la edición que venimos utilizando.

37 Jerez, Francisco de. op. cit., pág. 32. Estructura semejante presentan las págs. 36, 38, 46, 54.

Finalmente, y dentro de esta tendencia de mencionar el momento cronológico sin fijarlo exactamente, habrá que recoger el empleo sistemático de la fórmula «*otro día*» «al día siguiente», fórmula medieval utilizada constantemente por Francisco de Jerez para distribuir los acontecimientos narrativos acaecidos a los españoles en su avance, y que confiere un sabor arcaizante a la narración, generando esa sensación de monotonía que sacude en ocasiones al lector actual. En la primera parte de la Crónica... los ejemplos son múltiples, y ello es lógico si tenemos en cuenta su contenido y la finalidad de la fórmula. Tras la *Relación...* de Miguel de Estete no hemos recogido ni un solo caso. En este sentido esta última serviría de frontera entre dos usos lingüísticos claramente diversificados:

«*Otro día* partió el Gobernador y fué a dormir a (...) *Otro día* en amaneciendo partió el Gobernador con su gente puesta en orden...». ³⁸

En ocasiones se califica la fórmula temporal añadiéndole otra nueva de tipo restrictivo para situar con mayor precisión los hechos narrados:

«*Otro día por la mañana* se partió el Gobernador...». ³⁹

En resumen: respecto del *tiempo-dato* comprobamos una actitud paradójica en el narrador: afán de fijar el tiempo / fórmulas de intemporalidad y ambigüedad en su delimitación. Los procedimientos lingüísticos utilizados lo confirman.

3. EL ESPACIO

El elemento espacial es uno de los componentes esenciales en el ámbito de las crónicas a causa de su finalidad. Efectivamen-

³⁸ *Ibidem*, pág. 71. Algunos usos más pueden observarse en págs. 16, 33, 48 y 71.

³⁹ *Ibidem*, pág. 68. Ejemplos semejantes en págs. 36, 57, 62 y 93.

te, el autor-narrador pretende dejar constancia de una expedición de conquista realizada por sus compañeros; y para ello se verá indefectiblemente abocado a ir consignando los lugares físicos que constituirán el escenario de los acontecimientos. En consecuencia encontraremos multitud de *elementos localizadores* a lo largo del relato: son los nombres que ayudarán a fijar el itinerario seguido por la expedición desde Panamá hasta Caxamalca, corazón del imperio peruano. No nos hallamos ante descripciones propiamente dichas; el narrador se limita a designar el término por el que atraviesan al hilo de la marcha. La inserción en el relato es por ello natural y esporádica, sin presentar intermitencias regladas. Lo que sí se observa es una mayor abundancia en la primera parte del relato, en función del movimiento narrativo: algunos ejemplos servirán para ponerlo de manifiesto:

«Otro día partió el Gobernador y fue a dormir a un llano de Zavana por llegar otro día a medio día a Caxamalca, que decían que estaba cerca». ⁴⁰

Nos hallamos ante el método normal de fijación en un viaje de descubrimiento de ritmo rápido. Pero interesarán más aquí las *descripciones* que podemos ir descubriendo al filo de la narración. En efecto, los lugares más conocidos o interesantes merecen de Francisco de Jerez unas breves líneas descriptivas. No hemos detectado una estructura estereotipada que se repita con insistencia, pero sí multitud de elementos comunes que van contribuyendo a crear esa atmósfera reiterativa, inevitable en una crónica de esta época. En el caso de hallarnos ante un pueblo, la descripción, normalmente breve para los lugares desconocidos e irrelevantes, se centra en su componente principal: la plaza fuerte, recogiendo a continuación casas, calles..., y de modo optativo, valles o lugares en que queda enclavado. Un fragmento lo pondrá de manifiesto:

⁴⁰ Ibidem, pág. 71. En esta línea pueden señalarse varios más: págs. 15, 20, 25, 26, 29, 30, 54. La crónica está plagada de ellos y no aportan variantes de interés.

«Antes de llegar a este pueblo un tiro de ballesta hay una gran plaza con una fortaleza cercada, y dentro muchos aposentos, donde los cristianos se aposentaron...». ⁴¹

El pueblo puede quedar enclavado en un contexto más amplio y lo que impresiona en este caso al narrador, es la riqueza del lugar definida o concretada por la cantidad de abastecimientos; y como segundo elemento, las calzadas o caminos perfectamente trazados y cuidados:

«...y en tres jornadas llegó a un pueblo que está al pie de la sierra, dejando a la mano derecha el camino que había traído, porque aquel va siguiendo por aquellos valles la Chíncha, y este otro va a Caxamalca derecho; el cual camino se supo que iba hasta Chíncha poblado de buenos pueblos, y viene desde el río de San Miguel, hecho de calzada, cercado de ambas partes de tapia; dos carretas pueden ir por él a la par; y de Chíncha va al Cuzco, y en mucha parte dél van árboles de una parte y otra, puestos a mano para que hagan sombra al camino». ⁴²

Entre estos dos bloques no puede establecerse una división con límites tajantes, que solo se justificará en parte por su sentido didáctico.

Francisco de Jerez como expedicionario queda seducido por tres ciudades: Guacambo, Caxamalca y Cuzco, y a ellas dedicará como narrador un más amplio número de líneas descriptivas. Guacambo permanecerá a sus ojos como el primer agrupamiento importante por el que atraviesan y ello se refleja en:

«...mejores edificios y la fortaleza de piedra bien labrada, asentadas las piedras grandes de largo de cinco y seis palmos, tan juntas que parece no haber entre ellas mezcla, con su azotea alta de cantería, con dos escaleras de piedra en medio de dos aposentos...». ⁴³

41 *Ibidem*, pág. 39. Hallaremos otras semejantes en págs. 49 y 61.

42 *Ibidem*, pág. 59. Algo más breves son las de las págs. 26, 31, 38, 45 y 63.

43 *Ibidem*, pág. 51.

La referencia a Cuzco queda enclavada en solitario en la última parte de la Crónica. Las noticias acerca de ella son indirectas y se deducen del relato de un escribano, testigo ocular impresionado por la riqueza de la ciudad. Junto a las notas ya tópicas —casas, fortaleza río..., hay que destacar otras coloristas, encaminadas a reflejar este tema y entreveradas con noticias de tipo narrativo, relativas a la actuación de los españoles:

«...y que una casa del Cuzco tenía chapería de oro, que la casa es muy bien hecha y cuadrada, y tiene de esquina a esquina trecientos y cincuenta pasos, y de las chapas de oro que esta casa tenía quitaron setecientas planchas, que una con otra tenían a quinientos pesos, y de otra casa quitaron los indios cantidad de docientos mil pesos, y que por ser muy bajos no lo quisieron recibir, que ternía a siete u ocho quilates el peso...». ⁴⁴

Con todo el mayor número de líneas descriptivas de la *Conquista...* va encaminado a fijar Caxamalca, centro clave al que se dirigirá el Gobernador en su viaje exploratorio y punto que condensará los acontecimientos más importantes del relato —prisión y muerte de Atabalipa—, lo que marca el fin de la primera etapa de lucha y el comienzo de la época colonizadora. A nivel descriptivo esto queda representado por el remansamiento de la acción que se observa aproximadamente hacia las páginas 72-103, lo que tiene como consecuencia directa la aparición de un mayor número de páginas descriptivas, que a su vez serán más amplias. Efectivamente, ya no solo se describirá el pueblo «...que es el principal de este valle», ⁴⁵ sino que va a ser el momento apropiado para insistir en el elemento humano del reino de Atabalipa: costumbres y manera de vestir de las gentes:

«...traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantillo de mujer.

44 *Ibíd.*, pág. 148.

45 *Ibíd.*, pág. 72.

Los hombres visten camiseta sin mangas y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodón, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres de lana y algodón, hecho como zapatos». ⁴⁶

Igualmente Francisco de Jerez dejará constancia de la manera de hacer la guerra de los indios, en uno de los excursos descriptivos más dilatados de la Crónica, ⁴⁷ excursos que puede ponerse en relación con el concerniente al real del tirano. ⁴⁸

A partir de aquí la atención del narrador está polarizada en la figura del rey Atabalipa. Tras un recurso de tipo localizador, ⁴⁹ que fija fotográficamente al tirano, se consigna el impacto de la llegada real a presencia del Gobernador español mediante un largo fragmento en *tempo lento* en que se entrecruzan narración y descripción:

«Venía delante un escuadrón de indios vestidos de una librea de colores a manera de escaque; éstos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras éstos venían otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando»... ⁵⁰

El cortejo continúa entrando progresivamente y prepara así la presentación de Atabalipa, con la que conectaríamos con las descripciones de *persona*, que toman como eje al rey:

«Atabalipa era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacía muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles conocían ser hombre sabio; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría». ⁵¹

46 *Ibidem*, pág. 74.

47 Véase Jerez, Francisco de. *op. cit.*, págs. 95-96.

48 *Ibidem*, pág. 79.

49 *Ibidem*, pág. 74.

50 *Ibidem*, págs. 82-83.

51 *Ibidem*, págs. 103-104.

Nos hallamos ante una descripción tradicional, cuya finalidad consiste en tomar como punto de partida los datos físicos para deducir de ellos categorías morales: gravedad, ferocidad, sabiduría..., y fundamentalmente ambivalencia hipócrita, que determinará el juego que regirá la vida del tirano hasta su final. Precisamente porque Jerez escribe su crónica en España distanciado de los acontecimientos, no logra evitar estas apreciaciones, a modo de excursos narrativos, a la hora de describir a su personaje; excursos que estará presente en la breve referencia al rey:

«...que es el mayor señor que al presente hay entre los naturales, al cual todos obedecen». ⁵²

Y en su primera descripción del tirano realizada en medio de la narración de su encuentro con él, que Jerez transcribe de modo indirecto:

«...tenía en la frente una borla de lana que parecía seda, de color de carmesí, de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones, que le bajaba hasta los ojos; *la cual le hacía mucho más grave de lo que él es*». ⁵³

En resumen: Elementos localizadores deslizados en el relato a partir de su estructura de viaje y descripciones muy breves de lugar y pueblos, de las que destacan tres; junto a ello escasas descripciones de persona, centradas en el rey indígena.

4. LOS PERSONAJES

Como ha recordado en varias ocasiones M.^a del Carmen Boves, ⁵⁴ el personaje es el soporte de acciones y transformaciones que constituyen el relato, definición que cuadra perfectamente a la

⁵² *Ibidem*, pág. 45.

⁵³ *Ibidem*, pág. 76. El subrayado es nuestro.

⁵⁴ Boves Naves, María del Carmen: *Comentario de textos literarios*. Madrid, Cupsa, 1978.

estructura de una crónica. Concretamente en ésta los personajes quedan distribuidos por el narrador en dos bloques paralelos y encontrados:

<i>Españoles</i>	<i>I n d i o s</i>
1.—El Gobernador	1.—Atabalipa (JEFES)
2.—Almagro Hernando Pizarro	2.—Los caciques (SUBJEFES)
3.—Masa de conquistadores	3.—Masa indígena (SUBORDINADOS)

Hay varios medios a la hora de delimitar un personaje: en primer lugar, la etiqueta semántica, a través de las palabras del narrador o de otros personajes. Como acabamos de señalar en el caso del jefe indígena Atabalipa, éste será uno de los cauces más importantes. Francisco de Jerez expone claramente la opinión que le merece,⁵⁵ opinión que será redondeada por otro medio delimitativo: la actuación del propio personaje. Los datos del narrador sobre la astucia del enemigo y su ambivalencia desleal con los dos bandos, son confirmados por las acciones del rey, que organiza continuamente levantamientos y conjuras contra los españoles, a pesar de sus reiteradas protestas de fidelidad. Al ser delatada su traición responde con evasivas irónicas al Gobernador que le interroga:

«¿Búrlaste conmigo? Siempre me hablas cosas de burla; ¿Qué parte somos yo y toda mi gente para enojar a tan valientes hombres como vosotros? No me digas estas burlas».⁵⁶

Una tercera vía de delimitación del personaje toma como punto de partida sus apariciones en el relato: si la aplicamos al rey veremos cómo la narración de Francisco de Jerez estimula el interés de sus lectores, escalonando las noticias sobre Atabalipa. En un primer momento es un personaje latente, del que se habla

⁵⁵ Véase, por ejemplo, la pág. 154, de la ed. de Jerez, que hemos utilizado.

⁵⁶ Jerez, Francisco de. op. cit., pág. 154.

con temor y acerca del cual van apareciendo referencias indirectas a través de sus vasallos o enemigos. Así irá manteniendo el interés *in crescendo* hasta llegar al clímax de su presentación al Gobernador en Caxamalca,⁵⁷ a partir del cual su presencia en el relato, de modo directo o indirecto, es prácticamente permanente.

El segundo elemento dentro de los indígenas, *los caciques*, se bifurca en dos grupos esenciales: el primero y más representativo, podría considerarse como desdoblamiento de su señor, con el que ofrecerá un sincretismo prácticamente total, en cuanto a ideología y funcionamiento. En este cuerpo encuadraremos como paradigma a Chilicuchima, del que hablando de su organización y riqueza, Miguel de Estete dice:

«Finalmente en su servicio y todo lo demás imitaba a su señor; éste era temido en toda aquella tierra porque era muy valiente hombre, que había conquistado por mandado de su señor, más de seiscientas leguas de tierra...».⁵⁸

Dos notas caracterizan, por tanto, al general: 1.—unidad de criterio y actuación con su rey. 2.—valor propio, lo que le eleva en la estimación o al menos temor de los suyos.

Junto a él la Crónica... recoge algunos mensajeros de Atabalipa, grandes señores de su séquito, que viven también con boato, a ejemplo de su rey.⁵⁹

En un segundo grupo, dentro de este bando caciquil, se alinearán los que se enfrentaron a Atabalipa⁶⁰ durante las guerras civiles anteriores a la conquista, que el rey relatará al Gobernador después de su prisión.⁶¹

La Crónica recoge finalmente una serie de referencias a caciques pacificados por los españoles, y que vuelven a levantarse contra ellos. No queda especificado en qué bando militaban originariamente, y normalmente tampoco van calificados, aunque sí

57 Véase Jerez, Francisco de. op. cit., pág. 51.

58 Jerez, Francisco de. op. cit., págs. 137-138.

59 *Ibíd.*, véase a modo de ejemplo la pág. 67.

60 *Ibíd.*, pág. 57.

61 *Ibíd.*, págs. 99-100.

individualizados por medio de su nombre propio. Esta regla tampoco se cumple a rajatabla, pero es de ámbito bastante general. Sirven indirectamente como medio de caracterización positiva del gobernador español, quien los tratará con prudencia y benignidad siempre que sea posible.

En un tercer estadio aparecerá la masa indígena, los subordinados. No se individualizan en absoluto, y quedan definidos desde un plano de superioridad por la óptica del narrador. La postura española ante el indio viene representada por el discurso del Gobernador a Atabalipa, tras su captura:

«...y por su mandado venimos a conquistar esta tierra, porque todos vengais en conocimiento de Dios y de su santa fé católica (...) y porque lo conozcáis y salgáis de la *bestialidad y vida diabólica* en que vivís». ⁶²

Sin embargo, aunque es verdad que la conciencia de superioridad moral del español sobre el indígena permea toda la crónica, a tono con la visión de cruzada religiosa de la conquista —asunto éste suficientemente estudiado por los historiadores, y en el que no pretendo entrar ahora—, deberemos señalar que, en ocasiones, Francisco de Jerez supera la tradicional dicotomía buenos / malos que subyace a estas obras, para resaltar algún valor positivo en la masa indígena de determinada región:

«La gente destes pueblos, después que se subió a la sierra hacen ventaja a toda la otra que se queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razón, y las mujeres muy honestas...». ⁶³

Sin llegar al nivel de toma de postura de Ercilla en su *Araucana*, por ejemplo, el narrador trata de objetivar su punto de vista a la hora de enjuiciar al enemigo. Se reconocen asimismo las obras de arte y valores constructivos de los indios, así como su impasibilidad a la hora de la muerte.

⁶² *Ibíd.*, pág. 90. El subrayado es nuestro.

⁶³ *Ibíd.*, pág. 74. Un claro elogio de los soldados de Atabalipa queda recogido en la pág. 96.

En cuanto a los *conquistadores*, observamos que están enmarcados en tres bloques, en justa correspondencia a los indígenas. Hace cabeza el Gobernador general, Francisco Pizarro, que siendo el héroe asume las cualidades de caballero andante medieval y perfecto dechado renacentista. Francisco de Jerez lo presenta al comienzo de su Crónica... como «uno de los principales de la tierra»,⁶⁴ y plantea la conquista como un servicio innecesario a su ya crecida fama.⁶⁵ A lo largo de la narración será el jefe ideal, firme en su empeño⁶⁶ de llevar su misión adelante, prudente en su intención de no destruir totalmente al indígena, usando de misericordia con los jefes adictos para mantener la estructura;⁶⁷ de ahí también su visión política de ir directamente a la cabeza, para lograr la pacificación total.⁶⁸

El narrador exalta al máximo la gallardía y caballerosidad del gobernador en sus relaciones con el vencido y concretamente con el rey; gallardía que llega hasta el punto de salvarle la vida:

«Los españoles hicieron tal matanza en los que tenían las andas, que cayeron en el suelo; y si el Gobernador no defendiera a Atabalipa, allí pagará el soberbio todas las crueldades que había hecho».⁶⁹

Por otra parte, y aunque no abordemos el tema en profundidad por considerar que escapa a nuestro propósito, las relaciones con los indígenas vendrán siempre predeterminadas por el eje religioso. La intervención de Dios en la conquista es un leitmotiv fijo en el ánimo del español. Así siempre que se habla del «amoroso recibimiento del indio», se consigna inmediatamente la razón que les mueve: «...haciéndoles entender algunas cosas para los atraer en conocimiento de nuestra santa fé católica».⁷⁰ La

64 *Ibíd.*, pág. 14.

65 *Ibíd.*, por ejemplo, la pág. 14.

66 *Ibíd.*, pág. 29.

67 *Ibíd.*, págs. 31, 33, 40-41 y 42.

68 *Ibíd.*, pág. 46.

69 *Ibíd.*, págs. 85-86.

70 *Ibíd.*, pág. 30.

presencia y la ayuda divina absorben el relato minimizando incluso el papel de los españoles a simples instrumentos de la acción de Dios.⁷¹

Una vez concluída la conquista comienza la labor de colonización, y en este asunto también destacará la labor organizativa de Francisco Pizarro: se inician los repartos de indios, se establecen unas rudimentarias instituciones que permitan el buen funcionamiento de la nueva colonia; con gran astucia política, Francisco de Jerez plantea las decisiones del Gobernador como labor conjunta de éste con religiosos y oficiales, y las justifica por el mismo bien de los naturales:

«...repartió entre las personas que se avecindaron en este pueblo las tierras y solares, porque los vecinos sin ayuda y servicio de los naturales no se podían sostener ni poblarse el pueblo y sirviendo sin estar repartidos los caciques en personas que los administrasen, los naturales recibirán mucho daño; porque, como los españoles tengan conocidos a los indios que tienen administración, son bien tratados y conservados. A esta causa, con acuerdo del religioso y de los oficiales que les pareció convenir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el Gobernador depositó los caciques y indios en los vecinos deste pueblo, porque los ayudasen a sostener, y los cristianos los doctrinasen en nuestra santa fé conforme a los mandamientos de su majestad; entre tanto que provee lo que más conviene al servicio de Dios y suyo y bien del pueblo y de los naturales de la tierra, fueron elegidos alcaldes y regidores y otros oficiales públicos, a los cuales fueron dadas ordenanzas por donde se regiesen».⁷²

La cita es muy larga pero significativa en cuanto a ideales y modo de hacer en la conquista del Perú, según la óptica de Francisco de Jerez, quien evidentemente idealiza a su jefe: no hay una sola nota negativa en su caracterización a lo largo del

⁷¹ Pueden consultarse acerca de este asunto las págs. 60, 81, 94 y 104, entre otras, de la edición citada.

⁷² Jerez, Francisco de. op. cit., págs. 44-45.

relato, en el que, como hemos visto, optará por presentar su carácter en acción.⁷³

Inmediatamente después del Gobernador en la distribución jerárquica que encasillará a los españoles encontramos dos personajes significativos: Diego Almagro y Hernando Pizarro. Del primero solo aparecen 4 noticias⁷⁴ concernientes a sus expediciones y organización inicial conjunta con Francisco Pizarro, pero no suponen caracterización alguna. Francisco de Jerez, como secretario de su ¿rival? tiene la elegancia de eludir el espinoso asunto de su enjuiciamiento. De hecho Almagro aparece en el momento de los preparativos y de modo muy fugaz se alude a su entrada en Caxamalca, ya avanzado el relato y preso Atabalipa. No participa de modo real en la conquista.

Por el contrario Hernando Pizarro, al que también solo se nombra en 4 ocasiones,⁷⁵ y se presenta indirectamente en acción, funciona como alter ego del Gobernador, con todos sus poderes, en expediciones de avanzada, y sincretizará su actuación a los designios de su hermano. A su vez será el héroe protagonista de la *Relación...* de Estete.

Dentro de esta jerarquía intermedia entre jefes y subordinados se incluye muy de pasada la figura de algún capitán in-nominado, sin rasgo definitorio alguno.

Por último se supone una masa de conquistadores españoles, pero el narrador no ha pensado en absoluto en individualizarlos, caracteriológicamente hablando, porque no era ésta su misión.

5. EL PUNTO DE VISTA. POSTURAS DEL NARRADOR

Aunque Francisco de Jerez la publica en 1534 en Sevilla, coincidiendo con su retorno a España, la *Conquista...* se presenta como escrita al hilo de los acontecimientos narrados, en su fun-

73 Tomamos el término en el sentido recogido por Enrique Anderson Imbert en su libro: *Teoría y técnica del cuento*. Buenos Aires, Marymar, 1979, págs. 348-359.

74 Jerez, Francisco de. op. cit., págs. 17, 22, 41 y 112.

75 *Ibidem*, págs. 40, 56, 75-76 y 110-111.

ción de secretario de Francisco Pizarro. Como consecuencia de ello nos hallamos ante un narrador en el texto, que no se distancia a pesar de emplear la tercera persona, y participa desdibujada, pero firmemente en la acción, incluyéndose como un soldado más. Como ya hemos deducido del apartado de personajes, toma partido enjuiciando las actuaciones de sus compañeros, así como la de los indígenas.

A nivel formal esta participación queda de manifiesto por los *excursos narrativos*, que no dejan de ser opiniones de Francisco de Jerez, y suspenden la acción por un instante para dejar caer un juicio de valor. Hay dos o tres ocasiones en que esta interrupción se realiza a modo de juglar de la Edad Media, y en ella el narrador se descubre como el demiurgo que conduce su informe por el camino deseado, sin que, hablando vulgarmente, se le vaya de las manos:

«*Ya se ha dicho de la victoria que los cristianos hobieron en la batalla y prisión de Atabalipa, y de la manera de su real y ejército. Agora se dirá del padre deste Atabalipa...*». ⁷⁶

Por otra parte el narrador insiste en la necesidad de abreviar el relato para no cansar al lector o al oyente de turno:

«*Si todos los razonamientos que entre este indio y el Gobernador pasaron se hobiesen de escribir por extenso, sería hacer escriptura, y por abreviar va en suma*». ⁷⁷

Apostillas estas más frecuentes en la primera mitad del relato, de ritmo narrativo mucho más rápido:

«*Dejo de decir muchas cosas que les sucedieron, por evitar prolejidad; solamente diré las cosas notables que más hacen al caso*». ⁷⁸

⁷⁶ *Ibidem*, págs. 97-98. El subrayado es nuestro. Casos semejantes en págs. 153 y 158.

⁷⁷ *Ibidem*, pág. 70.

⁷⁸ *Ibidem*, pág. 15. Un uso semejante en págs. 127, 152 e incluso en el prólogo.

Acotación interesante porque muestra hasta qué punto Francisco de Jerez es consciente de su papel seleccionador a la hora de dar a conocer unos hechos, sin pretender recoger todo como cronista oficial, sino tratando de construir el relato con una cierta viveza, y con aspiraciones literarias como telón de fondo.

El resto de acotaciones se mueven más en el campo de los contenidos, y no dejan de ser un síntoma, una muestra de la postura española ante la conquista, que quedará así consignada para la posteridad. Algunas aluden al carácter levantisco de los indios,⁷⁹ contribuyendo a su caracterización indirecta; otras insisten en el halo de autoridad del rey, que logra imponerla hasta en prisión, lo que causa la natural extrañeza en los españoles;⁸⁰ otras se mueven en el campo conceptual de los valores cristianos en que se plantea la conquista,⁸¹ y finalmente algunas pretende ser una justificación de la política expansionista española, a la vez que sitúan la colonización dentro de sus más estrictos términos legales, contribuyendo indirectamente a fijar el buen «hacer» del héroe:

«El Gobernador, con acuerdo destas personas, como sus majestades mandan (porque en esta comarca y ribera concurren las causas y cualidades que debe haber en tierra que ha de ser poblada de españoles, y los naturales della podrán servir sin padecer fatiga demasiada, teniendo principalmente respecto a su conservación, como es la voluntad de su majestad que se tenga)...».⁸²

La comparación inevitable con lo español se plasma también en disquisiciones de este tipo:

«...que es cosa de ver en España la obra y primeza della, que más se juzgara ser seda que de lana, con muchas labores y figuras de oro, de martillo, muy bien asentado en la ropa...».⁸³

79 Francisco de. op. cit., pág. 30.

80 Ibídem, págs. 86, 106.

81 Ibídem, pág. 32.

82 Ibídem, pág. 43.

83 Ibídem, pág. 53.

6. ALGUNOS APUNTES SOBRE LA LENGUA

La lengua en que está escrita la *Crónica del Perú* no presenta excesivas peculiaridades. Nos hallamos ante muchos rasgos del castellano medieval, cosa lógica si tenemos en cuenta la fecha en que fue redactada. Así, todavía es muy abundante la utilización del participio absoluto:

«Oidas estas cosas por los mensajeros, estuvieron un rato como atónitos...». ⁸⁴

Asimismo encontramos gran variedad de acepciones etimológicas que el castellano perdió en su posterior evolución. Destaca *luego* «al momento»:

«Sabida la verdad, y habida información secretamente sobre ello, luego mandó el Gobernador prender al cacique...». ⁸⁵

Algunos ejemplos esporádicos de *haber* con su sentido posesivo:

«...y el cacique de aquella provincia que ha por nombre Quilimasa...». ⁸⁶

Y no es raro observar algunos empleos, todavía usuales en ese momento:

«En llegando Atabalipa en medio de la plaza hizo que todos estuviesen quedos...». ⁸⁷

84 *Ibidem*, pág. 66. Otros participios absolutos en las págs. 46, 104, 107-108.

85 *Ibidem*, pág. 32. Acepciones semejantes en págs. 87, 155, 187.

86 *Ibidem*, pág. 36.

87 *Ibidem*, pág. 83.

Abundan los rasgos medievales, como decimos, pero quizá uno de los más característicos de la confusión del período sea las variantes en el uso de la aspiración en f—, ya culminada en esta época, pero no por igual en todas las regiones. Hay que tener en cuenta también la evolución más lenta y conservadora del castellano americano, junto a sus innovaciones en otros campos, por otra parte, la crónica es una buena muestra de este estadio inestable, lingüísticamente hablando. Así hallaremos los binomios típicos de la épica castellana:

«...y el capitán salió entre ellos, y en breve tiempo, firiendo y mantando, fueron desbaratados...»,⁸⁸ ...«y los de caballo siguieron el alcance, hiriendo y matando».⁸⁹

Estas mismas alternativas en el uso de la f— quedan recogidas en un par de dobles léxicos:

«...vieron estar el real de Atabalipa una legua de Caxamalca, en la halda de una sierra»...,⁹⁰ «su real estaba asentado en la falda de una serrezuela».⁹¹

«...y que él proveería de hundir oro para pagar el flete de los navíos»...,⁹² «...y por esta causa se puede llamar fundición general, pues a todos es general.

Vióse en esta hundición una cosa harto de notar, que hubo un día en que se hundieron ochenta mil pesos...».⁹³

Este último ejemplo es de los más significativos porque recoge la variación léxica en el mismo párrafo, lo que refleja la poca conciencia lingüística del autor respecto de este asunto.

88 *Ibidem*, pág. 41.

89 *Ibidem*, pág. 33; otro ejemplo en pág. 36.

90 *Ibidem*, págs. 71-72.

91 *Ibidem*, pág. 79.

92 *Ibidem*, pág. 109. Idéntico empleo en pág. 150.

93 *Ibidem*, pág. 151.

7. LA RELACIÓN DEL VIAJE QUE HIZO EL SEÑOR CAPITÁN HERNANDO PIZARRO POR MANDADO DEL SEÑOR GOBERNADOR, SU HERMANO, DESDE EL PUEBLO DE CAXAMALCA A PARCAMA, Y DE ALLÍ A JAUJA

La relación de Miguel de Estete constituye un relato dentro del relato con peculiaridades propias, que se inscriben en el estilo de las crónicas. Pretende ser una escueta relación que dé cuenta al Gobernador de los movimientos realizados por los españoles, y por ello trata de ajustarse a los hechos, de manera comparativamente más ceñida que la crónica de Francisco de Jerez. Prácticamente solo incluye un diálogo indirecto —de Hernando Pizarro con Chilicuchima—, y algunas apreciaciones, escasas, del narrador, que podemos considerar excursos narrativos, y en los que indefectiblemente el término básico y ejemplar de la comparación serán las tierras y costumbres españolas.

Como contrapartida, y por este mismo interés de Miguel de Estete, de reflejar los sucesos con veracidad y exactitud hay mayor insistencia en fijar el tiempo y el espacio, que en la crónica jerezana. Los resultados son evidentes: en cuanto a *espacio* se refiere los datos localizadores son repetitivos. El narrador fija el nombre de los pueblos por los que va pasando la expedición. Vamos a transcribir un fragmento bastante amplio que pondrá de manifiesto la técnica empleada:

«A dos días del mes de Marzo salió el capitán Hernando Pizarro del dicho pueblo de Guarva, y caminó por un río arriba, cercado de muchas arboledas, todo aquel día, y a la noche fue a dormir a un pueblo que está en la ribera deste río; este pueblo donde el capitán fue a dormir está sujeto al sobredicho pueblo de Guarva, y llámase Guaranga. El día siguiente partió el capitán deste pueblo, y fue a dormir a otro pueblo pequeño que se dice Aillón, que está situado junto a la sierra, el cual es sujeto a otro pueblo más principal llamado Aratambo...». ⁹⁴

94 *Ibidem*, pág. 130. Ejemplos semejantes en págs. 138, 139 y 140.

Este tipo de procedimiento localizador, que aporta a su vez algunos datos coloristas, permea toda la relación y está en función del sentido de ésta. Consideramos innecesario recoger más ejemplos, puesto que no presentan variante alguna.

En cuanto a la *descripción* propiamente dicha, hay un esquema estructural básico que se repite con estudiada monotonía, no exenta del medievalismo de las crónicas. El esquema al que aludimos suele constituirse en descripción relativamente breve, y se compone de tres elementos esenciales, en este orden: 1.—Nombre del pueblo al que se llega; 2.—Breve descripción que hace referencia a éste (calles, plazas, situación en general...); 3.—Nombre del cacique de turno, para finalizar con una «coletilla» tópica, que hace hincapié en el buen recibimiento otorgado a los españoles a su llegada a un nuevo lugar; recibimiento que suele concretarse en la aportación de una avalancha de provisiones para sostener a los hombres del ejército conquistador. Veámoslo gráficamente:

«Otro día de mañana llegó al pueblo de Guamachuco, el cual es grande y está en un valle entre sierras; tiene buena vista y aposentos; el señor dél se llama Guamanchoro, del cual el capitán y los que con él iban fueron bien recibidos...». ⁹⁵

Hemos recogido sin pretensiones de exhaustividad hasta ocho casos más, con variantes mínimas. ⁹⁶ Estas suelen ir por la vía de explicitar, bien las características del pueblo en cuestión, o bien en qué consistió el recibimiento hecho a los españoles a su llegada.

Estos serían los dos procedimientos estructurales básicos en cuanto a la descripción. Al margen de ellos, y aunque el narrador va urgido por la rapidez del viaje exploratorio, la naturaleza circundante le proporciona materia que reflejar: los campos, los pueblos enclavados en sus valles..., y una de las cosas que más atrae su curiosidad: los puentes. ⁹⁷

El narrador se detiene igualmente en la descripción de la

⁹⁵ *Ibíd.*, pág. 117.

⁹⁶ *Ibíd.*, págs. 122, 124, 128, 131, 140 y 141.

⁹⁷ *Ibíd.*, pág. 120; la pág. 141 recoge un uso semejante.

laguna interior que los reyes utilizaban para su esparcimiento; ⁹⁸ y finalmente reseñaremos que aparece ya aquí, dando lugar a otra amplia descripción, la ciudad de Jauja, que se convertirá en uno de los mitos de la conquista americana, debido a su halo de riquezas. ⁹⁹

Estas últimas descripciones constituyen casos esporádicos, en los que es imposible descubrir regularidad alguna en cuanto a estructura interna, por contraposición a las que hemos analizado en las primeras citas, mucho más abundantes y regladas, lo que también disminuye su valor literario, al incurrir en la consabida monotonía.

En cuanto al modo de inserción en el relato, la misma estructura de libro de viajes propia de esta relación tiene como consecuencia su intercalación en el texto narrativo sin violencia alguna, al filo de los acontecimientos. Destacaremos la condensación en apretada líneas de un gran número de fragmentos descriptivos, proporcionalmente muy superior al observado en la crónica de Francisco de Jerez.

Como peculiaridad digna de mención consignamos la ausencia de descripciones de persona.

Cronológicamente, la expedición de Hernando Pizarro queda enmarcada entre el 5 de Enero de 1533 y el 25 de Mayo del mismo año. El tiempo como dato absoluto es fijado sistemáticamente por el narrador, con un método distinto al de la crónica jerezana, que consiste en señalar día y mes:

«Deste pueblo partió el capitán con su gente a 9 días del mes de Enero, y fue a dormir...». ¹⁰⁰

En 30 páginas encontraremos hasta 11 notas temporales en las que Miguel de Estete utiliza este sistema, lo que demuestra objetivamente su condensación y el tono mucho más reiterativo de esta relación, cotejándola con la *Conquista...* jerezana. Ello

98 Ibidem, pág. 133.

99 Ibidem, págs. 137 y ss.

100 Ibidem, pág. 126. Casos semejantes en págs. 130, 131, 132, 133, 138, 140 y 142.

podría deberse a que realmente está escrita «in situ» y concebida para dar detallada cuenta al Gobernador de todo lo sucedido durante la marcha.

También Estete utiliza métodos relativos de medición cronológica; solamente encontramos un par de casos esporádicos en los que se hace referencia a las partes del día¹⁰¹ pero se intensifica al máximo el empleo de la fórmula *otro día* «al día siguiente», reiterándola hasta el cansancio; en muchos de los casos va acompañada por fórmulas complementarias: *por la mañana*,¹⁰² *domingo*,¹⁰³ *a hora de comer*¹⁰⁴..., y en la mayoría de las circunstancias se duplica e incluso triplica en la misma página:

«Otro día salió deste pueblo y fue a dormir (...) Otro día partió deste pueblo y fue a dormir (...) Otro día a hora de comer llegó a un pueblo...». ¹⁰⁵

El resultado es abrumador; llegamos a la conclusión de que Miguel de Estete como narrador resulta mucho más medieval y tiene mucho menor sentido estético que Francisco de Jerez.

101 *Ibidem*, págs. 118 y 121, respectivamente.

102 *Ibidem*, págs. 117, 118, 121, 132.

103 *Ibidem*, pág. 121.

104 *Ibidem*, pág. 120.

105 *Ibidem*, pág. 120. Citas parecidas quedan dispersas por toda la relación: págs. 122 (2); pág. 133 (2); pág. 125 (3); pág. 132 (2); pág. 139 (2); pág. 140 (3); y pág. 141 (3).